

ODISEO en La COCINA

RODOLFO RAFAEL MEDINA RAMÍREZ

Profesor de maestría en la Universidad Politécnica de Aguascalientes

No me creyó que la madera que recolecté era para la cocina, para alimentar el fuego de la hornilla, con todo y que algunos me llaman ingenioso. Se limitó a decir que no me permitirá construir mi balsa, hasta que Hermes así lo ordene; mientras, seguiré atado a esta isla, trayendo leña a la cocina en lugar de construir los medios que me permitan regresar a defender mi trono, a mi hijo, a mi esposa y mi honra.

Unos me llaman ingenioso porque esparcí sal en las tierras de siembra para evitar así acompañar a Agamenón y al cornudo de su hermano a una guerra por una mujer que me despreció, pero no perciben el pánico que me invadió ante la perspectiva de morir lejos de mi mujer y de mi hijo; otros piensan que mi comentario de hacer un caballo gigante en el que nos montáramos los atridas y entráramos a Troya así ocultos fue una genialidad, y no la ironía que pretendía; incluso hay quien alaba de mis embajadas con Aquiles la habilidad para conciliar, sin percatarse de la desesperación con que buscaba evitar que nos abandonara el mayor baluarte de tan desquiciado ejército. Son contados los que tienen presente que mi jactancia significó la pérdida de riquezas y, peor: de compañeros.

Después de todo es posible que la cólera de Poseidón esté justificada y la bondad de Zeus sea magnificante, por lo que no he fallecido gracias únicamente a ese gesto, quizá capricho del mayor de los dioses, y jamás debido al supuesto talento intelectual que muchos quieren encontrar en mis palabras, actos y decisiones.

Curioso lugar es la cocina, aquí, si la madera se moja, no es para transportar iras, ambiciones o cultura, sino para comprobar que la paciencia y la práctica hacen de lo cotidiano una fuente de vida y placer. Aquí los maderos se inflaman para alimentar cuerpos, jamás para henchir espíritus del coraje necesario para buscar la gloria y la muerte. Aquí el agua se enturbia por la voluntad expresa de la persona que anhela una tonalidad, un olor, un sabor, nunca por los impulsos coléricos de un dios que se siente agraviado.

Algún día Calipso se cansará de mí, se hartará de mi llanto por Penélope, de mis lamentos por Telémaco, de mi añoranza por mi patria, ésa que debe de estar reservando mi trono para mí, o para mi hijo cuando tenga la edad suficiente, ¿sabrán que resistí el llamado del loto?, ¿que Polifemo me sigue maldiciendo desde el fondo de su caverna?, ¿que Escila y Caribdis no pudieron devorarme? Todas estas cavilaciones son tan inútiles como mi presencia en este cálido, acogedor y ajeno lugar.



YO SOLÍA SER UN ÁRBOL, Juan Daniel Mosqueda Esparza.

Si he de confiar en Tiresias, un buen día, en vez de derribar árboles para calentar este lugar, lo haré para ir a la playa a armar una balsa que me saque de aquí. Curaré los maderos y amarras con las lágrimas de Calipso, como las lágrimas de los familiares de mis compañeros de viaje tendrán que curar mi dolorosa memoria; y cuando esté listo, enfrentaré de nuevo a Poseidón, solos él y yo, en su terreno, como Héctor cuando enfrentó al amigo de Patroclo, y si anhelo correr alrededor del muro de la ciudad, desesperado por encontrar un resquicio que me salve de la muerte, la carrera será corta pero el destino opuesto al de aquel noble.

Sé que un gesto divino me arrebatará de la cita con Caronte y que muy probablemente una mujer, finalmente la que persigo, u otra que me llegará a perseguir, me arropará y me proveerá de un nuevo motivo para escribir una entrada más en esta bitácora de ingeniosos recursos para enfrentar los retos cotidianos, para cumplir la profecía y para pagar a los pretendientes que asedian mi patrimonio con el oro de Palamedes, mientras tanto me quedo en este resquicio tan femenino, tan fragante, tan familiar.

Madero, 19:15 horas

Ganímedes avanza con su andar desaliñado, se podría decir que su emoción lo eleva por encima de las ávidas miradas que aspiran a apresar al toparse con él. La excitación que le produce empezar su nuevo empleo le embarga de manera tal que apenas si se da cuenta que ya pasó de largo Poder Legislativo, y recula varios metros después, cuando una señal, seguramente divina, le hace notar su equívoco.

Entra a Mi Cantón y el accionista mayoritario le entrega su flamante y reluciente barra, donde fungirá por primera vez como barman. Bueno, al menos a él le parece flamante y reluciente, y preferiría que le llamaran barman a cantinero, pero está advertido que a los clientes no se les discute, se les atiende.

Al identificar los odres y su contenido, alistar las cráteras y pulir las copas hasta que están relucientes, y con ellas ofrendar el servicio que se merecen los exterminadores de penas y los adictos al júbilo, seres superiores a los semidioses, titanes, eso es lo que son, piensa que hace menos de seis meses ese negocio podría haber sido clausurado por su sola presencia, pero ahora ésta es fundamental para que el gozo y el exorcismo puedan realizarse conforme lo manda el rito.

Me sorprendió en la barra de Mi Cantón. He visto un sol sevillano, un sol antiguo que siguió a osos, a mayos y yaquis en su ruta a sus secretos santuarios para honrar a la gallardía y a la soberbia. He visto un sol que me arrobó como lo hace el neón con los coleópteros impertinentes. He visto un sol y olvidé que su proximidad funde la obra de las abejas y anula el ingenio humano. He visto el sol y anhelé arder en su fuego. He visto el sol y, deslumbrado, acerqué mi boca a la crátera de Ganímedes.

No hay registros que hablen de mortal alguno que haya abrevado de la crátera del núbil copero. Yo soy un simple mortal.

Endimión despertó

Un par de haces argénteos interrumpían la insondable oscuridad. Después de más de 13,000 noches, Endimión despertó, sin saber que la cueva ocultaba la noche nueva. Sus ojos le mostraron una bella silueta que de inmediato reconoció: Selene dormía un sueño que se le antojó bello. Con delicadeza, posó sus labios sobre los de ella y regresó a su sueño eterno.

Bitácora del Heliotropo

Fin del invierno

En la playa yace la balsa, más consigna que promesa. Odiseo otea el horizonte y sabe que llegó el momento. No quiere reiniciar la travesía sin despedirse de Calipso. En ocasiones, siete años bastan para aprender a querer a una persona. Sin embargo, Oigía está desierta, no hay más ser vivo a la vista que él. Recorre los caminos habituales, con la esperanza muerta de al menos decir adiós, pero sabe que zarpará sin una imagen más. Con el pensamiento sumergido en un océano avellana, acomete el vinoso ponto. Poseidón se frota las manos.



Duendes en el piano, Liliana Juárez Landeros.

